

## EL LIBRO DEL VERANO

**E**ra una calurosísima mañana de julio, muy temprano todavía, por la noche había llovido. La roca calva y desnuda humeaba, el musgo y las grietas estaban empapados de humedad, los colores se habían vuelto más oscuros.

Bajo la terraza, en las sombras de la mañana, la vegetación parecía una selva tropical, toda ella frondosas ramas y tupidas flores. La abuela tuvo que poner cuidado al abrirse camino, buscando a todo buscar, temerosa siempre de perder el equilibrio, tapándose la boca con la mano.

—¿Qué haces? —preguntó la pequeña Sofía.

—Nada —respondió la abuela—. Bueno, sí —añadió, irritada—, estoy buscando la dentadura postiza.

La niña bajó de la terraza.

—¿Y dónde se te ha perdido? —preguntó con mucha seriedad.

—Aquí —respondió la abuela—, estaba aquí mismo, y se me cayó entre las peonías.

Se pusieron a buscar juntas.

—A ver, déjame a mí —dijo Sofía—, ¡si apenas te tienes en pie! Anda, apártate.

Penetró bajo la frondosa bóveda florida del jardín, arrastrándose entre los tallos verdes. Se estaba muy bien en aquel ambiente, que era como prohibido, sobre la tierra negra y blanda. Enseguida encontró la dentadura postiza: allí estaba, blanca y rosa, con su doble fila de dientes viejos.

–¡Aquí está, aquí está! –gritó Sofía, levantándose–, hále, a ver, póntela.

–Sí, bueno, pero no mires –dijo la abuela–, que esto es muy íntimo.

Pero Sofía tenía la dentadura escondida detrás de la espalda.

–Es que quiero mirar –dijo.

La abuela se puso la dentadura en un momento, con un ruidito seco, y a Sofía no le pareció nada raro.

–¿Cuándo te mueres? –preguntó.

–Ya pronto –respondió la abuela–, pero eso no es cosa tuya.

–¿Y por qué? –insistió Sofía.

La abuela no contestó. Fue por la roca, llegando hasta la hondonada.

–¡Eso está prohibido! –le gritó Sofía.

–Ya lo sé –le dijo la vieja, con desdén–. Tu padre no nos deja venir por aquí, pero da igual, porque ahora está dormido y no se entera.

Cruzaron el trecho de roca, resbaladiza por el musgo. El sol estaba más alto y todo humeaba. La isla entera, cubierta por una neblina reluciente de calor, estaba ahora muy bonita.

–¿Tú crees que harán un hoyo? –preguntó la niña, tratando de aparentar indiferencia.

–Sí, y tanto –respondió la abuela–, y bien grande que va a ser. Tan grande –añadió, socarrona– que cabremos todos en él.

–¿Y por qué? –preguntó la niña.

Siguieron en silencio hasta el extremo de la roca.

–Fíjate –dijo la niña–, yo nunca había ido tan lejos, ¿y tú?

–Pues yo tampoco –respondió la abuela.

Fueron por el pequeño promontorio, en cuyo extremo la roca descendía hasta el agua, formando terrazas más y más sombrías, y cada escalón estaba bordeado por una franja color verde claro de algas que se mecían al ritmo de las olas.

–Quiero bañarme –dijo la niña, esperando una prohibición que no llegó.

En vista de ello, se desnudó lenta y aprensivamente. La gente que te deja hacer lo que quieres no es de fiar. En fin, Sofía metió las piernas en el agua y dijo:

–Está fría.

–Claro que lo está, so pánfila –respondió la vieja, pensando en otra cosa–, ¿pues qué te creías?

La niña se metió en el agua hasta la cintura, se sentía inquieta.

–Hale, no te preocupes –dijo la abuela–, tú sabes nadar.

«¡Cuánto cubre!», pensó Sofía, «se le olvida que donde no hago pie sólo sé nadar si viene alguien conmigo».

Volvió a salir y se sentó en el suelo.

–Hoy va a hacer bueno –dijo.

El sol seguía subiendo. La isla y el mar relucían, el aire era muy ligero.

–Sé bucear –dijo Sofía–, ¿sabes tú lo que se siente cuando se bucea?

–Y tanto que lo sé. Se olvida una de todo, se deja todo, se da un salto, y se bucea. Se sienten las algas subírsete por las piernas, y son oscuras, y el agua es clara, más clara por arriba, y con burbujas. Y te deslizas agua adentro, conteniendo el aliento, hasta que vuelves a subir a la superficie. Y flotas. No haces más que eso: flotar.

–Y todo el tiempo con los ojos abiertos –dijo Sofía.

–Pues claro. Nadie bucea con los ojos cerrados.

–¿Crees tú que yo podría bucear sola?

–Claro que sí –respondió la abuela–. Anda, vístete y vamos a casa antes de que se despierte tu padre.

Volvía a sentir fatiga.

«Bueno, ya estamos en casa», pensó, «en cuanto entremos me parece que voy a echarme un rato. Y tengo que acordarme de decirle que la niña sigue asustándose cuando no hace pie».

**U**n buen día de abril tuvieron luna llena, y el mar estaba cubierto de hielo. Sofía despertó y enseguida se acordó de que ahora estaba otra vez en la isla y tenía su propia cama, porque su madre había muerto. Todavía había fuego en la estufa, y las llamas se reflejaban en el techo, de donde colgaban las botas a secar. Sofía se bajó de la cama, el suelo estaba muy frío. Miró por la ventana.

El hielo era negro: reflejada en el cristal, Sofía vio la boca abierta de la estufa y el fuego que ardía dentro; bueno, no, lo que vio fueron dos puertas de estufa, muy juntas, y en la segunda ventana dos fuegos que ardían debajo, y por la tercera vio el reflejo doble de la habitación entera: baúles y cajones y cajas con las tapas abiertas, llenos de musgo y paja y nieve, y todo abierto de par en par y con el fondo negro como el carbón. Sofía vio luego dos niñas sentadas en la roca, y a través de ellas crecía un fresno, y a sus espaldas el cielo era de un azul muy oscuro.

Volvió a echarse en la cama y se quedó mirando el fuego que bailaba en el techo, mientras la isla se iba acercando a la casa; cada vez más cerca. Estaban durmiendo en

una pradera junto a la playa, con manchones de nieve entre colchas y sábanas y mantas, y el hielo se volvía más y más obscuro y más y más resbaladizo. Poco a poco fue abriéndose como un canal en el suelo, y todo su equipaje se fue navega que te navega por el cauce que abría la luna con sus rayos. Todo el equipaje estaba abierto y lleno de oscuridad y musgo y, en cuanto alcanzaban el río de claro de luna, mochilas y maletas se iban para no volver.

Sofía alargó la mano y, con mucha suavidad, tiró a su abuela de la trenza. La abuela se despertó inmediatamente.

–Oye –dijo Sofía–, he visto dos fuegos en la ventana en lugar de uno, ¿por qué es eso?

La abuela lo pensó y contestó:

–Pues porque tenemos ventanas dobles.

Al cabo de un rato, Sofía volvió a preguntar:

–¿Pero estás segura de que está cerrada la puerta?

–Bueno, no –respondió la abuela–, está abierta, siempre está abierta, puedes dormir tranquila.

Sofía se volvió a envolver en las mantas, dejando que la isla entera se alejase flotando sobre el hielo, camino del horizonte; y, justo antes de dormirse, su padre se levantó y puso más leña en la estufa.